

“Entre la descampesinización y la explotación laboral” La encrucijada campesina frente al avance del agronegocio en la sierra central del Ecuador

María Sol, Fransoi
UNR-NET y FLACSO-Ecuador
msolfransoi@gmail.com

Introducción

En las últimas dos décadas del siglo XX, con el advenimiento de una política económica neoliberal, la sierra central del Ecuador comienza a experimentar profundos cambios relativos a los patrones tradicionales de producción agropecuarios. Luego de un breve periodo dominado por los esfuerzos por constituir un modelo de desarrollo endógeno basado en la industrialización por sustitución de importaciones, hacia la década del '80, las presiones ejercidas por las clases dominantes vinculadas al sector agroexportador y aquellas procedentes de los organismos financieros multilaterales en el marco de la crisis de la deuda, condujeron a la restauración de una política económica aperturista y al antiguo modelo de las “ventajas comparativas” característico de la región (North, 2006).

En el marco de la apertura de la economía al mercado mundial se implementaron numerosos incentivos a la agroexportación, tales como el otorgamiento de créditos y subsidios, y la ejecución de sucesivas reformas favorables al sector, entre las cuales se distinguen la reforma arancelaria, la del código de trabajo y la de la legislación agraria (Lucio Romero, 1996). Al calor de estos estímulos, se profundiza la orientación agroexportadora de la economía nacional, en sintonía con los procesos configurados a escala latinoamericana. Sin embargo, este patrón de inserción de América Latina en el mercado mundial como región proveedora de materias primas presenta algunos rasgos novedosos con relación a su forma tradicional de vinculación, entre los cuales se distingue el peso que adquirió la comercialización de productos no tradicionales de exportación (Kay y Vergara-Camus, 2018).

Es en este escenario que en la sierra central del Ecuador adquiere un creciente protagonismo el agronegocio vinculado a cultivos no tradicionales para la exportación, primero con la expansión de las florícolas y más recientemente del brócoli, actividades que desencadenaron progresivamente el desplazamiento de la ganadería lechera que otrora constituía el eje de la dinámica económica de la región (Martínez, 2014). Con respecto a la producción de brócoli, sobre el cual nos detendremos en esta presentación, su importancia creciente en el mercado mundial se asocia al advenimiento de un nuevo régimen agroalimentario mundial, signado por un cambio en la dieta de las clases medias y dominantes de los países del norte, lo cual configuró nichos de mercado que fueron abastecidos por los países del sur (Rubio, 2016). La producción de este cultivo se concentra prácticamente en su totalidad en la provincia de

Cotopaxi, en la cual se produce aproximadamente el 80% del total de brócoli a nivel nacional (INEC,2017).

A diferencia de otros cultivos no tradicionales, como la soja, la producción de brócoli se caracteriza por una mediana demanda de factor tierra respectivamente, con lo cual su expansión no condujo al despojo de las poblaciones locales de sus territorios. Antes bien, dado que se trata de una actividad de baja capitalización y de elevada demanda de fuerza de trabajo, la retención de la mano de obra en el territorio se convierte en un aspecto central para abastecer sus procesos productivos sin incurrir en gastos de transporte y enganche (Martínez, 2015). La apertura de numerosas fuentes de empleo en una zona densamente poblada por hogares campesinos minifundistas precipita el proceso de subsunción real o directa del trabajo al capital que ya se encontraba vigente en la región como consecuencia de las políticas descampesinistas adoptadas por los sucesivos gobiernos desde el periodo de la reforma agraria, las cuales minaron la capacidad de autosubsistencia de las economías campesinas (Bretón, 1997).

En este marco, en las últimas dos décadas han sido numerosas las investigaciones realizadas en torno a las transformaciones suscitadas en los territorios como consecuencia de la creciente (semi)proletarización del campesinado en las distintas fases que integran los procesos productivos en torno a los cultivos no tradicionales. Sin embargo, estos estudios se han concentrado principalmente en torno a la actividad florícola de expansión más temprana y, geográficamente, en las provincias de Cayambe y Pichincha. En relación con la especificidad de los procesos configurados por la (semi)proletarización campesina en torno a la producción de brócoli han sido muy pocos los estudios que se han realizado hasta el momento (Martínez, 2015; Yumbra, 2014) y solamente uno de ellos analiza los cambios que bajo este nuevo escenario se configuran en las unidades domésticas y poblados campesinos de la provincia de Cotopaxi (Martínez, 2015). En el mismo, se afirma que el avance del agronegocio ha desatado un proceso de desterritorialización, el cual de acuerdo con Entrena Durán (2009) se encuentra signado por tres tipos de ruptura: entre agricultura y territorio, entre agricultura y alimentación, y con relación a los viejos patrones de consumo vinculados a la parcela. En suma, se trata del abandono de las dinámicas económicas y socioculturales previas y la adopción de nuevos patrones de comportamiento asociados a la urbanidad impuestos por la propia lógica del agronegocio y la (semi)proletarización.

En esta ponencia presentamos los resultados de la investigación que llevamos a cabo en el marco de la elaboración de nuestra tesis de maestría, la cual tuvo por interrogante principal cuáles han sido los procesos que se desencadenaron a partir de la (semi)proletarización de

campesinos en tierras de altura habitadas por comunidades indígenas, territorios que no han sido explorados por los antecedentes mencionados, que se concentraron en poblados campesinos mestizos de las zonas de bajo. ¿Se transita hacia una desterritorialización y descampesinización como en las tierras bajas?, ¿qué lugar ocupa para los hogares que se vinculan a las brocoleras el trabajo parcelario?, ¿se abandona o relega a un lugar secundario, o bien mantiene su lugar central?, ¿a qué destinan estos hogares los ingresos que reciben de las brocoleras?, ¿a las actividades agropecuarias o al consumo de bienes durables y otros gastos desvinculados a la parcela?, ¿se mantiene la participación en actividades comunitarias como *prestamos*, intercambios y mingas, o se transita hacia su abandono?. Estas son algunas de las preguntas que han guiado la investigación y que desarrollaremos en las siguientes páginas.

Realizamos nuestro estudio en la comuna indígena de Yacubamba ubicada en las tierras de altura del sur de la provincia de Cotopaxi. Allí, tomamos como unidad de análisis los hogares semiproletarizados en las brocoleras, en los cuales examinamos tres aspectos específicos de su cotidianeidad: la dinámica del trabajo parcelario, el destino de los ingresos y el nivel de la participación en espacios o actividades comunitarias. Para la elaboración de esta investigación nos planteamos como estrategia metodológica la realización de encuestas por hogar, de entrevistas en profundidad y de observación con y sin participación, todo lo cual ha sido realizado en un periodo de 1 mes y medio de instancia de campo.

Las características de la comuna y los hogares semiproletarizados en las brocoleras

La comuna de Yacubamba se encuentra ubicada en las tierras de altura de la parroquia La Matriz, en el cantón de Pujilí, provincia de Cotopaxi. Se trata de un poblado integrado por unos 600 hogares, que se dedican a la pequeña y mediana agricultura y ganadería lechera y de engorde, y que en su totalidad pertenecen al pueblo indígena kichwa panzaleo. Con anterioridad al proceso de reforma agraria, estos hogares constituían una comunidad huasipunguera dentro de la hacienda Jatun Juigua, en la cual cada familia debía una renta en trabajo al hacendado a cambio del huasipungo o parcela dentro de su condominio.

En los albores del proceso reformista, los vecinos de la comunidad inician un proceso de compra de sus huasipungos, y fundan la comuna en el año 1966. Si bien, la reforma agraria puso punto final al régimen hacendatario basado en la explotación de la renta en trabajo de los huasipungueros, los campesinos se enfrentaron, a partir de entonces, a nuevas dificultades, debido a la ausencia de sólidas políticas que respalden y protejan las débiles economías campesinas ahora expuestas a los imperativos del mercado. A pesar de ello, a

diferencia de otras comunas indígenas que iniciaron un proceso espiralado de éxodo del campo a la ciudad (Bretón, 1997). Yacubamba se caracteriza por un bajo índice de migración del campo a la ciudad, lo cual al parecer se relaciona tanto con las condiciones edafológicas relativamente más favorables para la producción agropecuaria, como con la mayor disponibilidad relativa de tierras, ya que el proceso de compra de tierras a las ex haciendas que rodean la comuna se extiende hasta períodos recientes¹. En la actualidad se calcula que la comuna se extiende en un territorio de aproximadamente 10.000 hectáreas, las cuales se dividen en un sector de propiedades a título individual y otro de uso colectivo que pueden usufructuar para prácticas de pastoreo todos los miembros comuneros activos de la comuna, esto es el 90% de los hogares.

La agricultura y ganadería a pequeña y mediana escala constituyen el eje económico central en Yacubamba. Cada familia practica en su parcela la agricultura de cultivos de altura (principalmente papa y cebada) en base al trabajo familiar y durante los momentos de mayor demanda de fuerza de trabajo recurren al *prestamano*, que consiste en una práctica tradicional de la comuna basada en el trabajo no remunerado y recíproco entre familiares, vecinos o allegados de la comuna. A su vez, la gran mayoría de las familias practica la ganadería lechera a pequeña escala, actividad que encierra un carácter central en la economía de los hogares, ya que les asegura ingresos monetarios cotidianos. Adicionalmente, los hogares practican la ganadería de engorde, para lo cual disponen de tierras comunales que comienzan sobre los 3600 msnm, y sobre las cuales los comuneros activos tienen derecho al pastoreo. A esto hay que sumarle la crianza de animales menores destinados a la venta y al autoconsumo.

Todas estas actividades se realizan en diferentes medidas en función de la posición económica de cada una de las familias, ya que existe un marcado proceso de diferenciación socioeconómica que, según los testimonios de *los antiguos*, existía incluso antes de la reforma agraria, pero que se ha ido agudizando hasta la actualidad. De acuerdo con el muestreo realizado durante nuestro trabajo de campo, un puñado de familias posee actualmente propiedades que rondan las 30 hectáreas, y un segmento dramáticamente mayoritario lo integran hogares con menos de 2 hectáreas de usufructo individual. Debido a la escasez de tierra, la mayoría de los hogares de la comuna se reproduce en base a una economía pluriactiva. Además de la comercialización de los productos de su parcela en las ferias de Saquisilí, Pujilí, Latacunga, Ambato y Salcedo, algunos hogares obtienen sus

¹ La última compra, fue la del cerro Morourco en el año 2012, transacción para la cual se constituyó una asociación de 201 familias comuneras, las cuales accedieron a 2 hectáreas de usufructo individual y

ingresos por medio de la actividad comercial practicada en la propia comuna: poseen tiendas de abarrotes, talleres mecánicos (para las motos, que son el principal medio de transporte personal), gasolineras, cybers o panaderías. Pero en la gran mayoría de los casos, la única alternativa consiste en la venta de la fuerza de trabajo de algún miembro del hogar, principalmente en los sectores de la construcción (los hombres), y en las brocoleras (las mujeres).

Centrándonos específicamente en las características de los hogares que se vinculan al agronegocio del brócoli, estos alcanzan al 40% del total de la muestra, y su vinculación se realiza exclusivamente en la fase de la plantación. En su totalidad, los hogares de la comuna que venden su fuerza de trabajo a las brocoleras son familias minifundistas o campesinos sin tierra que viven *arrimados apegados* en los hogares de sus padres por la falta de acceso a la tierra, o que han contraído créditos para poder *sobresalir* o superar esa situación, e iniciar, poco a poco, su propio emprendimiento agropecuario, “*apartados*” de sus padres.

Un rasgo distintivo común de estos hogares vinculados a las brocoleras es el bajo índice de miembros por familia que venden su fuerza de trabajo, en relación con otros territorios como la zona baja estudiada por Martínez (2015), donde predominan hogares con entre 2 y 3 miembros que venden su fuerza de trabajo en el agronegocio (Ibíd. 41). En Yacubamba, predominan los hogares donde solamente uno de los miembros vende su fuerza de trabajo en las brocoleras, mientras que el resto de la familia permanece trabajando en la parcela. La excepción a esta norma son aquellos hogares recientemente constituidos que accedieron a sus tierras a costa del endeudamiento, lo cual obliga tanto al marido como a la mujer a vender durante un periodo de tiempo su fuerza de trabajo para hacer frente a la deuda. En estos casos, generalmente, la mujer se emplea en las brocoleras de manera permanente y el hombre en la construcción ocasionalmente (cuando hay obra), aunque también existen casos en que ambos se emplean de manera permanente en la plantación.

El 60% de los vecinos que se emplean en las brocoleras son mujeres. Esto no responde a una política empresarial segregacionista por sexo estrictamente hablando, ya que los hombres también son contratados para este empleo, como lo demuestra el 40% restante de los trabajadores². La mayoría de mujeres entre los trabajadores del brócoli de la comuna, se debe más bien, por un lado, a que es una de las únicas fuentes de empleo para las mujeres

²Es en la fase del procesamiento donde en base al esquema de división sexual del trabajo se demanda mayoritariamente fuerza de trabajo femenina, aunque también se contratan hombres para las labores asociadas con estereotipos de género masculino, esto es, tareas de fuerza y de manejo de maquinaria (Guarderas y Herrera 2013, Yumbla 2014). En la fase de la plantación, las labores son realizadas en cuadrillas mixtas, aunque también existen algunos trabajos exclusivamente masculinos, como el riego y el manejo de maquinaria (Yumbla 2014).

campesinas e indígenas, y por el otro, a que los hombres tienen en la construcción una alternativa más rentable y menos *matada* que le brócoli, por lo que prefieren insertarse en dicho sector.

La importancia de las brocoleras como fuente de empleo y de las mujeres como las proveedoras de los hogares, se configura por la pérdida de oportunidades laborales de los hombres en los últimos años suscitada al calor de la oleada de migrantes venezolanos a las ciudades intermedias del Ecuador, cuya situación de vulnerabilidad extrema ha sido bien aprovechada por los empresarios del sector, reduciendo incluso a la mitad el salario ofertado. En este marco, algunos hombres, o bien se insertan en las brocoleras junto a su mujer, o bien permanecen en la parcela a la espera de ser llamados a trabajar en la construcción mientras sus esposas aseguran ingresos (en forma de salario o jornal) trabajando en las plantaciones de brócoli.

En la comuna, existen dos mecanismos de contratación para trabajar en las brocoleras, entre los cuales optan quienes allí venden su fuerza de trabajo: por un lado, el empleo directo con la empresa, y por el otro, el empleo intermediado por los contratistas, que son cuatro vecinos de la misma comuna. De acuerdo con los resultados de nuestra muestra, observamos que i) quienes se emplean de manera directa son, por lo general, los jóvenes fuertemente endeudados por el acceso a la tierra. Estos trabajan bajo registro de la relación laboral, en jornadas de 5 días a la semana, nueve horas diarias, una de ellas de descanso y para el almuerzo que les brinda la propia empresa. Se les paga un salario mínimo equivalente a 387 dólares americanos, además de contar con la porción indirecta del salario (doble aguinaldo, vacaciones, seguro médico, aportes, etc.). Los días no laborables se le paga el doble, en conformidad con la ley. En la comuna, se denomina a los vecinos que trabajan bajo esta modalidad *los de asegurado*; y ii) quienes se emplean por la vía del intermediario, son en general, hogares que ya poseen tierra, pero que requieren de ingresos monetarios para hacer frente a gastos como las “colaciones” de los hijos escolarizados o el pago de deudas, aunque éstas no suelen ser de la envergadura de aquellas que contraen los jóvenes para acceder a la tierra. Dentro de este segmento, se encuentran aquellos que forman parte de una cuadrilla fija de trabajo, y los que solo concurren a las faenas cuando el contratista demanda refuerzos a pedido del ingeniero que trabaja en la plantación (o jefe de campo). Estos trabajadores asisten a cambio de 10 dólares el jornal, no cuentan con seguro médico, ni ninguna de las compensaciones indirectas del salario. Se los denomina entre los vecinos de la comuna *los del apoyo* o *los del contrato*. Si bien, entre estos trabajadores existe conocimiento sobre los beneficios que reporta el empleo directo en comparación con el intermediado, la contratación

por vía del contratista tiende a preferirse entre quienes no se encuentran en situaciones económicas tan acuciantes, en tanto que esta modalidad, que desde el punto de vista laboral es extremadamente precaria, desde el punto de vista de los vecinos tiende a asociarse a otros beneficios que no tienen que ver estrictamente con lo legal-normativo, sino con la dinámica agropecuaria de los hogares que, como dijimos, ocupa un lugar central en la dinámica económica. En efecto, la flexibilidad laboral bajo esta modalidad, le permite ausentarse del trabajo cuando el trabajo en la parcela *está apretado*.

Una característica de las trayectorias de los trabajadores de esta comuna que hemos logrado reconocer en las entrevistas en profundidad realizadas con trabajadores y ex trabajadores, consiste en la **elevada movilidad que existe de una categoría a la otra**: muchos comienzan trabajando como apoyo, pero para *avanzar* a pagar las deudas se ven obligados a trabajar de manera permanente como vía para obtener mayores ingresos; otros, trabajando de manera permanente, habiendo solventado las deudas, se *retiran* y asisten sólo como personal de apoyo, *cuando los granos están bajos* o si tienen alguna necesidad particular. Adicionalmente, es un lugar común en las trayectorias la práctica de *retirarse* definitivamente de las brocoleras toda vez que las deudas hayan sido canceladas.

Todas estas características específicas que adquiere, en la comuna de Yacubamba, la vinculación laboral en las brocoleras, se tornan explicativas de los procesos particulares que allí se desencadenan a partir de la venta de la fuerza de trabajo en el agronegocio del brócoli, que van a adoptar una forma diferente de los que se registran en la zona del bajío por Martínez (2015), como expondremos en el siguiente apartado.

Trabajo en la parcela, hábitos de consumo y participación comunal

Como mencionamos al inicio, la pregunta principal que ha guiado la investigación y sobre la cual elaboramos esta ponencia ha sido: **¿cuáles fueron los procesos que se desencadenaron en esta comuna indígena a partir de la creciente semiproletarización de los vecinos en las plantaciones brocoleras?** Existe un sólo antecedente de investigación que aborda esta problemática en la provincia de Cotopaxi, la cual concluye que a consecuencia de la creciente proletarización de los campesinos se ha configurado un proceso de desterritorialización caracterizado por: i) la desaparición o desplazamiento de las actividades agropecuarias a un lugar marginal, ii) la adopción de hábitos de consumo que significan una ruptura con la lógica productiva campesina preexistente, iii) el abandono de las relaciones comunitarias, sin ser reemplazadas por otros espacios o vínculos colectivos, como sindicatos (Martínez, 2015).

En la comuna de Yacubamba nos encontramos con procesos que difieren de los observados por Martínez (2015), lo cual consideramos que se relaciona principalmente a la mencionada relativa mejor posición en que se encuentra en términos de cantidad y calidad de tierras por familia: mientras en la zona analizada por este autor, prevalecen hogares con menos de una hectárea y sin acceso a tierras comunales, en Yacubamba, la mayoría de los hogares que se vinculan a las brocoleras, poseen, de hecho³, entre 1 y 2 hectáreas de usufructo individual, además de acceso a tierras comunales para prácticas de pastoreo. A esto hay que agregar que Martínez (2015) estudia en zonas bajas donde el agua de regadío es fundamental para la producción agropecuaria y donde la gran mayoría de los hogares no dispone de dicho sistema. Al contrario, en las tierras de altura, si bien las condiciones geográficas (cangahuas, quebradas y pendientes) dificultan la actividad agropecuaria (fundamentalmente, la mecanización), disponen del agua de los páramos para sus cultivos que, de momento, posibilita obtener mejores rindes en sus parcelas, a pesar de que entre octubre y diciembre *la seca* suele golpear con crudeza sus cultivos, fenómeno que al parecer se ha venido agudizando. **La posesión de más y mejor tierra**, redundando en la construcción de vínculos laborales relativamente más débiles que se evidencian en la cantidad de miembros por hogar que se emplean y en la continuidad de la relación laboral. En lo que sigue presentaremos los resultados obtenidos en nuestro trabajo de campo sobre las tres dimensiones que son indicativas de procesos de desterritorialización, a saber, la dinámica del trabajo en la parcela, los hábitos de consumo y el destino de los ingresos, y la participación en espacios comunitarios. Tomamos como unidad de análisis los hogares de la comuna que participan del mercado de trabajo del agronegocio del brócoli.

i) El trabajo en la parcela. Los hogares que venden su fuerza de trabajo en las brocoleras despliegan diferentes estrategias para lograr sostener el trabajo en la parcela a pesar de la reducción de la fuerza de trabajo familiar que se suscita en el marco del empleo de alguno de los miembros del hogar en la plantación de brócoli. En tanto que, como mencionamos, se trata de hogares en los cuales, por lo general, solamente un miembro baja a trabajar en el brócoli, no se genera un abandono de la actividad agropecuaria. Incluso aquellos hogares jóvenes en los cuales tanto el marido como la mujer venden su fuerza de trabajo, se busca la manera de no abandonar la agricultura. **Identificamos las siguientes estrategias familiares para mantener el trabajo en la parcela: i) redoblar la jornada de trabajo**, yendo a atender

³ Incluimos a los arrimados que todavía viven en los hogares de sus padres pero que ya accedieron a la tierra a través del endeudamiento.

animales y cultivos en las madrigadas y los fines de semana; *ii*) delegación del trabajo al / a la cónyuge o hijos/as, en el caso de que ya sean mayores a los 15 años; y *iii*) delegar el trabajo a familiares cercanos generalmente los padres o los hermanos. En los últimos dos casos, no existe una ruptura completa entre quien trabaja en las brocoleras y la parcela, ya que los fines de semanas o incluso a veces en las madrugadas, se dedican a la agricultura y ganadería. En los hogares en los cuales la venta de la fuerza de trabajo se realiza por medio de un intermediario, las dificultades para mantener ambos trabajos son menores, debido a la posibilidad de faltar la plantación cuando el trabajo en la parcela *está apretado*. Aun así, se activan los mecanismos mencionados, pero con mayor intermitencia.

ii) Los hábitos de consumo. Estudiando la estructura de gastos del último mes, observamos que un 75% de los hogares han reinvertido sus ingresos procedentes del trabajo en brocoleras en insumos para la agricultura y la ganadería, lo cual contrasta con la inexistencia de gastos asociados a la adquisición de bienes de consumo durable (celulares, vehículos, electrodomésticos) entre estas familias. Estas cifras son todavía más sugerentes si las comparamos con las obtenidas por Martínez (2015) en las tierras del bajío, donde la reinversión en la parcela se realiza sólo en el 1% de los hogares y los gastos relativos al consumo de bienes durables se realizan en el 19% de los hogares. Además, la centralidad que adquiere la economía campesina en la estructura de gastos de los hogares (semi)proletarizados de Yacubamba, emerge si atendemos el comportamiento de la deuda. En efecto, un 81% de los casos destinan sus ingresos al pago de deudas, y si atendemos el destino de la deuda de estos hogares, observamos que un 53,4% de éstos han sido destinados a la compra de tierra, un 17% a gastos para la agricultura y la ganadería, otro 17% a la construcción de vivienda y el 12,5% a la adquisición de bienes para cubrir las necesidades básicas. Estos porcentajes refuerzan nuestro argumento sobre la centralidad que conserva la actividad agropecuaria en estos hogares, algo que contrasta con los procesos que la proletarización en el agronegocio genera en la zona del bajío, donde el pago de deudas se presenta apenas en el 11% de los hogares, siendo destinada solamente en un 17,5% al rubro “compra de tierra y animales” y un 27,5% a la compra de electrodomésticos, celulares y vehículos/motos (Martínez, 2015:84), estos últimos prácticamente inexistentes en Yacubamba.

iii) La participación en espacios comunitarios. Este constituye otro de los indicadores sobre la desterritorialización que aborda Martínez (2015) en la zona del bajío. De acuerdo con

nuestra muestra, los hogares semiproletarizados en las brocoleras de Yacubamba mantienen un alto nivel de participación en espacios o prácticas comunitarias, lo cual es facilitado por el bajo índice de participación por familia en el mercado de trabajo (generalmente un miembro por familia) que, a su vez, posibilita distribuirse las tareas entre quienes *bajan* a trabajar y quienes permanecen en la parcela. Desagregando por práctica, obtenemos que un 81% de estos hogares practican el *prestamos* con vecinos o allegados, un 70% realiza intercambio de productos con vecinos de la propia comuna, y un 75% también participa en las mingas. Las primeras dos prácticas se encuentran estrechamente relacionadas a la actividad agrícola, por lo que su importante presencia entre estos hogares también indica indirectamente la centralidad de la agricultura en la economía de los hogares semiproletarizados. En contraste con estas cifras, en la zona del bajo solamente un 33% realiza *prestamos* y un 15% intercambia productos, siendo la minga la única actividad con alta participación, de un 80%, debido a que la misma se vuelca a obras de infraestructura y ya no al trabajo en la agricultura (Martínez, 2015: 94).

Para lograr los niveles de participación que observamos en la comuna, al igual que lo que acontece con el trabajo en la parcela, las familias semiproletarizadas despliegan estrategias de distribución de roles entre quienes trabajan en las brocoleras y quienes permanecen en la comuna, lo cual presenta mayores dificultades entre aquellos hogares donde tanto el marido como la mujer se emplean permanentemente en las brocoleras, y menores en aquellas en las que la persona que se vincula a esta actividad lo hace por medio de intermediarios, ya que pueden ausentarse con mayor facilidad del trabajo.

Si atendemos de manera conjunta los resultados obtenidos en la comuna de Yacubamba, observamos que en este territorio particular los procesos que se desencadenan por la semiproletarización de sus miembros en las plantaciones brocoleras, no remite a un proceso de desterritorialización, como sí acontece en otras áreas subsumidas a la lógica del agronegocio. En primer lugar, al mantener el trabajo en la parcela a costa de una mayor explotación del trabajo del grupo familiar, no se configura una ruptura entre agricultura y alimentación; en segunda instancia, al reinvertirse el grueso de sus ingresos en las parcelas tampoco se desencadena una ruptura con los patrones de consumo preexistentes vinculados a la agricultura y la ganadería, y tercero, al reproducirse las practicas comunitarias dentro de la comuna, como el *prestamos*, el intercambio de productos y las mingas, tampoco se desata una ruptura entre agricultura y territorio.

Reflexiones finales

La expansión del agronegocio ha sido asociada, en algunos casos, al despojo de los campesinos de sus medios de producción, mientras que, en otros, a su desterritorialización, proceso de descampesinización que tiene por particularidad el hecho de que se configura en el propio espacio de residencia a partir de la (semi)proletarización en el agronegocio. La particularidad del caso de Yacubamba radica en que no se ajusta a ninguno de estos dos procesos. Lo que observamos es que, en la comuna, las actividades agropecuarias continúan siendo centrales, algo que se evidencia en el mantenimiento del trabajo en la parcela a costa de una mayor explotación, en la inversión de los ingresos en la parcela o acceso a la tierra, y en mantenimiento de prácticas comunitarias relacionadas con la agricultura, como el *prestamanos* y los intercambios de productos. En este sentido, no se configura en esa comuna ni una descampesinización por la vía del despojo, ni una descampesinización por desterritorialización.

Observamos que la respuesta de los campesinos a la expansión del cultivo de brócoli ha sido la de aprovechar la coyuntura de oferta de empleo para *sobresalir* y recomponer su empresa campesina, desviando los ingresos obtenidos en este trabajo a la unidad de producción doméstica. Esto tiene su correlato tanto en los horizontes que construyen los(as) actuales trabajadores que ponen de manifiesto un fuerte arraigo a la parcela y a las actividades agropecuarias, como en la temporalidad del vínculo laboral que establecen con las brocoleras, vinculado al pago de la deuda que siempre tiene como punto final el *retirarse* y volver a la parcela con sus animales y cultivos. En este sentido, nos encontramos frente a un escenario en el cual el agronegocio en tanto que generador de fuentes de empleo, escasas en el periodo previo, se convierte en la base de una tímida recampesinización, en tanto que permite obtener ingresos para acceder a porciones reducidas tierras (no posibilita salir de la condición minifundista), o bien para adquirir animales y otros insumos agropecuarios.

No obstante, cabe destacar que los principales beneficiarios de este vínculo laboral son las empresas brocoleras, ya que, si bien la temporalidad del vínculo laboral resultante de las recurrentes *retiradas* y las elevadas tasas de deserción laboral, pueden generar ciertas “turbulencias” en el funcionamiento del mercado de trabajo, también reporta sus beneficios al capital. En efecto, el arraigo a la parcela y a la economía campesina obstaculizan la gestación de una resistencia obrera a las precarias condiciones laborales que las empresas brocoleras imponen a los trabajadores. Con excepción de solamente un caso aislado en otros cantones de la provincia, no se registra la presencia de sindicatos, ni de ningún otro tipo de organización que represente al colectivo de trabajadores, vele por sus derechos y luche por sus reivindicaciones. La cuestión laboral tampoco ha tenido lugar en las agendas de las

organizaciones campesinas en sus diferentes niveles, las cuales redundan en temas agrarios y de reconocimiento identitario. Durante nuestra instancia de campo, el único conflicto que registramos entre campesinos y brocoleras se relacionó con la prolongación de “la seca” que los campesinos asocian al disparo de nubes ejercido por las brocoleras, es decir, a una disputa que no se relaciona con las condiciones de trabajo sino con la preservación de la economía campesina. Si bien este es un aspecto que planteamos abordar en investigaciones futuras, hasta el momento nos interesa subrayar la facilidad que tienen las brocoleras para explotar y precarizar la fuerza de trabajo dado el fuerte arraigo a la parcela y la ausencia de una “conciencia obrera” que plantee una disputa frente al capital.

Bibliografía

- BRETÓN, Víctor. 1997. Capitalismo, reforma agraria y organización comunal en los Andes: Una introducción al caso ecuatoriano. Barcelona:Universitat de Lleida
- ENTRENA DURÁN, Francisco. 2009. “La desterritorialización de las comunidades locales rurales y su creciente consideración como unidades de desarrollo”, *Revista de desarrollo rural y cooperativismo agrario*(3), 29-42
- GUARDERAS, Carolina y HERRERA, Andrea. 2013. “Análisis de los efectos en la industria el brócoli por la no renovación del ATPDEA, y una propuesta de exportación a un mercado alternativo. Caso Ecofroz”, tesis para obtener el título en Negocios Internacionales, Facultad de Ciencias Administrativas. UIDE
- INEC, Instituto Nacional de Estadística y Censos. 2017. Encuesta de Superficie y Producción Agropecuaria Continua 2017
http://www.ecuadorencifras.gob.ec/documentos/web-inec/Estadisticas_agropecuarias/espac/espac_2017/Informe_Ejecutivo_ESPAC_2017.pdf
- KAY, Cristóbal y VERGARA-CAMUS Leandro. 2018. La cuestión agraria y los gobiernos de izquierda en América Latina. Campesinos, agronegocios y neodesarrollismo. Buenos Aires: CLACSO
- LUCIO ROMERO, Ruth. 1996. Significados del ajuste estructural en el Ecuador, en *Ecuador Debate* (37), 82-103
- MARTÍNEZ, Luciano. 2014. “De la hacienda al agronegocio: agricultura y capitalismo en Ecuador”, *Capitalismo: Tierra y Poder en América Latina (1982-2012) Vol 2*, Guillermo Almeyra et al comps, Buenos Aires:Ediciones Continente, 123-158.
- MARTÍNEZ, Luciano. 2015. Asalariados rurales en territorios del agronegocio: flores y brócoli en Cotopaxi, FLACSO Ecuador: Quito

NORTH, Liisa. 2006. “Militares y Estado en Ecuador: ¿construcción militar y desmantelamiento civil?”, en *Iconos* (26), 85-95

RUBIO, Blanca. 2016. “La fase de transición mundial y el dominio agroalimentario de Estados Unidos: una visión histórico-estructural”, en *ReLaER Revista Latinoamericana de Estudios Rurales* (2):1, 137-158

YUMBLA, María Rosa. 2014. “Fuerza de trabajo femenina en la agricultura de exportación de brócoli en Cotopaxi”, tesis para la obtención del título de maestría en Desarrollo Territorial Rural, convocatoria 2010-2012, FLACSO-Ecuador